

# CRISTO, “EL ESPANTAPÁJAROS”

*Nuestra idea de Dios implica la existencia necesaria y eterna. Por tanto, la conclusión manifiesta es que Dios existe.*

–René descartes

*A falta de otra prueba, el dedo pulgar por sí solo me convencería de la existencia de Dios.*

–Issac Newton

## El Pájaro Negro de la Muerte

*“Pues hasta la curiosidad y el espanto terminan por cansarse”*

Nietzsche

La existencia perfecta es el sueño de los perfectos perfectos, (los alucinados), que son los imperfectos perfectos, (los iluminados). El autista, por ejemplo, con su ser perfectamente perfecto, ha alcanzado el más alto ideal del neurótico: dejar afuera la falla que lo humaniza y acercarse a la integridad absoluta que lo diviniza. Desembocamos así en el modelo histórico-religioso más perfecto de los perfectos: Cristo, el Hijo de Dios.

Antes de proseguir debemos hacer una distinción entre la *perfección absoluta* y la *perfecta imperfección*. La creencia en la *perfección absoluta* es la confirmación de que somos realmente imperfectos, porque la perfección “real” es ser imperfecto perfectamente. En cambio la *perfecta imperfección* implica la garantía de la falla, así como la perfección, su ausencia.

La única diferencia que existe entre los normales y los locos es que en los primeros hay una grieta, una hendidura que los vuelve sutil y mortalmente imperfectos; y en los segundos, la ausencia de esa misma rajadura, la que los hace perfectamente divinos. A veces el loco parece que fuera normal y el normal un poco loco. Pero los dos intentan espantar al espanto con la presentificación de dios en la escritura. Solamente que cada uno de ellos lo hace a su manera: el autista, por ejemplo, escribe “desde” el espanto, y el neurótico, en cambio, escribe “acerca” del espanto. En ambos casos sigue siendo un intento de poner al espanto por escrito o lograr su “inscripción”. Dejar afuera la grieta estructural que nos constituye en seres imperfectos hace que retorne luego desde el exterior, transformada en una enorme y fantasmagórica nada devoradora. Pascal, por ejemplo, intentó alejar ese vacío infinito y aterrador que se abría en su desolada alma escribiendo sobre dios y la infinita nada. Escribió sabiendo que había un espanto a espantar, aunque lo hizo de una manera

inconsciente, pero siempre tratando de ahuyentar a la muerte con la pluma, ¿acaso la misma muerte y la misma pluma que venía a buscarlo con forma de sombra halada?

Le Benard ha construido su Teoría del Espantamiento inspirado en parte en Pascal y en parte en Van Gogh, sus dos grandes obsesiones. Pero es imposible olvidar que su idea principal fue tomada originariamente de la vieja cultura egipcia. Para él el buitre era un ave tan fascinante como lo era para los antiguos habitantes del Valle del Nilo. Ellos creían que el buitre era la presencia amenazante por excelencia en la naturaleza. Según es posible leer, el pájaro de la muerte aparece en todos los casos siempre para escribir en una lápida invisible el mismo y aterrador epígrafe:

*“Vengo por tus restos. Si no estás muerto aún... ¡espántame!; pues... ¡vengo por tus restos!”*

Cuando el pájaro de la muerte dice: Si no estás muerto “aún”, o sea, si todavía sigues vivo, “¡espántame!” (Da signos de vida). Aquí la exclamación “¡espántame!” o indistintamente “¡ahuyéntame!” es una invocación al movimiento que debe ser traducida como “dar signos de vida”, que ya es en sí mismo una invocación a la vida y, como tal, una resistencia a la nada, a la muerte misma. (Entiéndase aquí por “espántame” como un miedo potenciado al nivel del terror).

La extraordinaria importancia o debilidad que sentían los egipcios por el buitre se basa seguramente en la posibilidad que tiene esta ave de carroña para representar -no sólo con su imponente semblante sino con su repugnante gusto por la carne putrefacta-, la llegada de la muerte.

El *pájaro negro lebenardiano* –como le han llamado algunos de sus biógrafos- es, pues, la representación del espanto merodeando “en círculos”, sobre la muerte. Y lo decimos así para recordar que la cuadratura del círculo encuentra aquí las bases de “la otra significación”, postulada por el propio Le Benard para entender lo que es imposible de que podamos entender. A saber: que cuadrar el círculo es tan utópico como escapar de la muerte. Por eso dice Le Benard que “la crucifixión es el símbolo por excelencia que representa el espantajo que espanta el espanto que produce en uno la inexistencia del otro”.

De allí que llame al Cristo crucificado, un verdadero “espantapájaros” o “espantaespantos”.

No es lo mismo la ausencia que la inexistencia. Que se ausenta quiere decir que puede volver, porque existe, sólo que por ahora no está ahí. Por alguna razón se ha ido, pero es probable que de la misma forma que se fue regrese después. En cambio, que inexistente quiere decir que no puede ausentarse porque no puede aparecer lo que jamás ha existido.

De allí que Le Benard diga: “La muerte existe; el otro no”. Porque es cierto; la muerte se ausenta, en cambio el otro, *parece* ausentarse, pero nunca se fue porque en realidad nunca estuvo ni jamás estará. Y sí, la muerte existe, tanto como existe uno. Y cuando uno se ausenta de sí mismo es porque ha sido ahuyentado por el terror, o como dice Le Benard “espantado por el espanto”. El espanto que produce encontrarse con la falta del otro, más precisamente con el saber, el saber que lo deja a uno “en vilo” o “en abismo”, frente a la peor de las calamidades: el descubrimiento de que el otro... *no existe*.

Le Benard vuelve sobre el mismo punto y asegura: “La ausencia del otro, intranquiliza; pero su inexistencia, espanta”. Y dice que espanta, a tal punto, que la humanidad ha debido crear a su propio Espantapájaros Espiritual como un medio de ahuyentar la inexistencia del Otro. Inexistencia representada, por su supuesto, en su presunta “ausencia”. Se cree en la ausencia (pasajera, transitoria) del otro como una forma de encubrir su perpetua falta. La inexistencia del otro es esa abrumadora nada de la que todos, aterrados, buscamos escapar. Espantar es asustar, echar, alejar,

hacer ausentar (al menos por un breve lapso de tiempo) esa amenazante presencia de la inexistencia: otra forma de poner un límite a esa vastedad ilimitada que produce el vacío de la eterna falta del otro.

## El espantajo humano

**P**ero hay una pregunta que deberíamos hacernos de una vez por todas, ¿qué lo espanta al hombre en realidad?, ¿el límite o lo ilimitado?, ¿la muerte o el más allá de ella? ¿A qué le tememos? ¿Al borde que demarca el adentro o al que demarca el afuera? ¿A la frontera que encierra o a la que libera? ¿A la nada o a la ausencia de ella? Pareciera aquí que el espanto se encuentra –como lo diría el maestro zen- tanto en el círculo como en la falta de circunferencia. Es tan problemático quedar recluido o liberado adentro, como quedar excluido o encerrado afuera. Este es un problema que reviste un carácter estrictamente espacial: El neurótico es capaz de *encerrarse* del lado de adentro tanto como del lado de afuera, y desarrollar fobias a lugares cerrados tanto como a lugares abiertos. Bajo esta superposición de espacios es posible estar prisionero, presionado, *prisionado* (presionado en la prisión) o *prisionado* (amado en la prisión) en el mundo del derecho, tanto como en el mundo del revés. Es decir, tanto como “prisionero del amor” como “enamorado de la prisión”, la inversión es indistinta.

Si el hombre le tiene tanto miedo al límite como a lo ilimitado, ¿por qué entonces ha buscado siempre la inmortalidad? Si aquella mítica búsqueda no es compatible con el temor a lo ilimitado..., ¿es el fin, infinito? Si se dice que “no hay mal que dure cien años”... éste,... ¿“dura la eternidad”? ¿Debemos hablar de Vida eterna o de Muerte eterna? ¿De la eterna existencia del otro o de su eterna inexistencia?

Para el hombre que cree realmente en la vida eterna, hasta es una fiesta morir. Tal vez porque es como haber estado apenas en la antesala de la gran mansión de la vida. Si podemos llenar esta oscura vacuidad que implica vivir en este mundo con la presencia del otro, la muerte es agradable, y con su ausencia, pavorosa. La muerte es alegría cuando, más allá “hay un otro que me espera”; y espanto, cuando “no hay nadie que me espere allí”. La sensación es como la de tapar el sol con el canto de la uña: El otro, en tanto otro—para—mí es como una partícula o una mota de polvo capaz de cubrir con su minúscula presencia esa insondable y asolada nada que se abre más allá de él. Si el sujeto logra llenar ese vacío abismal con la presencia del otro, la muerte será una maravillosa bacanal; pero si no puede hacerlo, entonces, devendrá el Espanto.

No podía ser sino el Hijo de Dios, Jesús, el único capaz de encarnar todas las características necesarias que debe poseer aquel hombre que se sitúe en el lugar del Otro: el verdaderamente Perfecto. En este sentido, el Salvador, que no es salvado (de) su muerte sino salvado (en) su muerte, se presenta así a la humanidad, crucificado, como un espantajo, mitad humano y mitad divino, ofreciéndose en cuerpo y alma como un señuelo capaz de espantar la nada que apabulla a los hombres, es decir, capaz de espantar a la muerte. Como lo dijo Le Benard: “Es el espanta espantos, o el espantapájaros del pájaro negro de la muerte, o mejor; Cristo, el Espantapájaros”.

Si el Hijo de Dios es este mito del Espantajo Humano, la Cruz que lo acompaña es su columna vertebral, la estructura esquelética que sostiene con andrajos (el cuerpo despedazado) la sagrada investidura de este espanta-espantos espiritual. Las laceraciones, la sangre, el comienzo de la descomposición o la putrefacción, es el manjar de los pájaros de carroña, cuyo deleite es sobrevivir de las sobras, con los desperdicios humanos. Pero no sólo las mortificaciones de la carne son para el pájaro de la muerte tentaciones ineludibles, irrefrenables, también lo es la tristeza, el desconsuelo,

la pena y los acuciantes dolores del espíritu. De allí el carácter “espantoso” que posee la crucifixión, a nivel humano, y ese sentimiento tan profundo y conmovedor que despierta La Pasión en el corazón de todos mortales.

Es más; el sentimiento de espanto por excelencia, el único, el verdadero y el más puro surge de la contemplación de Cristo atormentado en la cruz. De aquí surge lo verdaderamente “horroroso” del espanto, que es el verdadero concepto de Espanto. La humanidad ha querido erigir a este icono espiritual, con su Modelo de Ser para que, clavado a la cruz, viva por los siglos de los siglos en la memoria de los fieles, con el único objeto de espantar con su Presencia el espanto que los mortales tenemos a la muerte, a la nada.

De allí que esa bellísima parodia que han hecho los hombres de la “crucifixión” garantice en el ánimo de los fieles y no fieles la certeza de que el espanto Existe, y de que a fin de cuentas es *posible* ahuyentar el espanto a la muerte porque es más posible aún ahuyentar a la muerte misma. Cristo fue el primero en espantar al fantasma de la muerte, (de la suya), y resucitar al tercer día entre los muertos como si la muerte no existiera para él, dejando, por lo tanto, una puerta abierta para todos aquellos que encuentren en su propia crucifixión la posibilidad de espantar de su vida, como lo hizo él -algún día-, a la muerte. Cristo nos ha dejado férrea creencia de que es *posible* espantar a la muerte, y con ella, también, a la angustiada tarea de espantar al espanto que produce verlo en la cruz, como un espantapájaros, espantando a la muerte con el dolor y el martirio de su cuerpo destrozado.

Cualquier creyente sabe, consciente o inconscientemente, que ver al Hijo de Dios colgado en la cruz, agonizando y a punto de morir, representa el momento exacto en que se produce el Espanto. Y en su doble vertiente: por un lado, en el sentido del horror que produce ver el dolor y el sufrimiento físico de un hombre inocente que fue juzgado, condenado y crucificado por la inhumana injusticia de los supuestamente justos y humanos; y por otro, en el sentido de sosiego y paz espiritual, que genera ver en el preciso instante en que la muerte de los hombres es ahuyentada por ese mismo hombre que se está muriendo.

## El perfecto perfecto

Según el relato bíblico Dios vino a la tierra a hacerse imperfecto en Jesús. Pero los primeros cristianos, que no veían ni buscaban en él más que un romántico e inalcanzable ideal, no soportaron esta humanización o imperfección en el Hijo de Dios (como sí lo han aceptado en Oriente con el hijo del rey, en el caso de Buda), y, espantados ante su destemplada realidad, decidieron hacer una adaptación de su historia. Realizaron una sutil interpretación de su vida, idealizándola lo suficientemente como para poder hacer su realidad más “digerible” a los ojos de los lectores-creyentes más febrilmente fieles y voraces. De allí que haya un Jesús *real* y uno *mítico* o *ficticio*, construido por supuesto sobre la base del primero.

De hecho –según nos advierte el mismo Le Benard- la gente busca a Jesús–Dios (el hombre convertido en Dios) para eternizar la perfecta perfección, pero evade al Dios–Jesús (el dios hecho hombre) para evitar ver la imperfección humana, es decir, la falla que nos humaniza. De allí que nadie se atreva a ver el rostro de Jesús como verdaderamente tuvo que haber sido. Los artistas de todas las épocas se han empeñado en retratado alto, rubio, hermoso, seductor, con aspecto de modelo, cuando en realidad debió ser la antítesis de todo eso, ya que Dios se encarnó en el *ecce homo* tal vez con el único propósito de mostrarnos la cara más visible y real de la misma *imperfección* que nos hace ser lo que somos, aquí en esta tierra imperfecta.

Los más fervorosos sacerdotes y cultores de la Pasión de Cristo se olvidan que al primero a quien salvó en la cruz fue a un ladrón. Se olvidan que defendió a una prostituta y que se dejó lavar los pies por ella. No les importa que haya sido pobre, que caminara descalzo, que viajara en un burrito o que muriera entre ladrones y asesinos. Debió haber una pulseada entre los que escribieron el mito y sus apasionados lectores para ver qué relato con-vencía o cual era más “soportable” para la sensibilidad de quienes iban a ser los destinatarios de su mensaje. La creencia en el Jesús real lo convirtió final y paradójicamente en un mito muy conveniente. Parece que, cuando se trata de creer, ésta es la única manera en que nos podemos expresar, así, en aparentes contradicciones.

El relato bíblico cuenta que el niño vino al mundo en un establo, uno de los lugares más bajos, humildes e inapropiados que pueda haber para que una mujer dé a luz a un bebé. Una historia que, por supuesto, el mito enseguida se encargó de convertir en un ingenuo y bello pesebre. Sin embargo, la cruda realidad de nacer en la extrema pobreza, entre la suciedad de los animales y los límites que impone la precariedad, dista mucho de ser algo hermoso y encantador como lo presenta la tradición religiosa. Jesús nació en condiciones casi “infrachumanas” (por debajo de lo humano), y sin embargo, para el mito no fue difícil sacarlo de allí y elevarlo entre los mortales –por sobre lo humano-, remontándolo en las arcas más puras del Cristo redivivo, hasta alcanzar lo más alto del reino de los cielos.

Los cristianos nunca soportaron la humanización de este Dios “hecho hombre”, por lo que terminaron convirtiendo a este auténtico “perfecto imperfecto” en el verdadero y único Dios: el “perfecto perfecto”.

Si el *mortal* es el que muere para siempre, el Cristo es el *muerto eterno*, el que efectivamente no muere nunca. Por eso le llaman el “Dios vivo”. O sea, el dios que vive en la cruz para perpetuar en la memoria de los hombres ese bello y poético contra sentido. ¿Cuál? Muy fácil; el que hemos venido sosteniendo desde su misma construcción: la imagen de un hombre –muerto- que nunca muere.

En Occidente, la crucifixión es la representación de la muerte por excelencia. La imagen congelada de la muerte en la cruz, encarnada en el cuerpo de Cristo, deja helado y estremecido el corazón del hombre que la contempla: por un lado porque es la misma muerte del Hombre (es decir, la muerte de uno mismo) lo que se está viendo allí, aunque, por otro lado, lo que también se puede ver en esa cruz es la negación de la muerte (de la muerte de uno mismo), y por lo tanto, la ilusión eternidad. Cristo soporta sus flagelos en la cruz estoicamente, pero más que eso, Cristo es el soporte de la imagen de la muerte misma, mientras que la cruz, a su vez, es la que soporta -en él- la ilusión de que es posible no-morir.

## La perfección de Cristo y Buda en la balanza

Los orientales hicieron de la *imperfeción* el modelo de hombre a seguir. Buda tiene el linaje real de un príncipe, pero hasta el hijo de un rey sigue siendo un hombre, un hombre igual a cualquiera de nosotros. En cambio el origen de Jesús es divino. Los budistas no hicieron que su héroe espiritual descendiera de dios, sino de otro hombre. Comprendieron que esta imperfección real de ser mortal era lo que, paradójicamente, más se acercaba a la perfección humana, y la perfección, a la imperfección. La dialéctica es aquí como siempre, ineludible y acertada.

Podríamos decir que Oriente vio lo perfecto en lo imperfecto, y lo imperfecto en lo perfecto. En cambio Occidente, como no soportó la angustia que conlleva lo imperfecto, sólo pudo ver lo

perfecto en lo perfecto. Los budistas han incluido la falla en el mismísimo Señor Buda; cuando Cristo, por su lado, también intentó incluir la falla, pero fueron sus seguidores más apasionados y negadores quienes no lo soportaron. Mientras que en Oriente El Modelo lleva implícito la falla, en Occidente ha quedado forcluida y El Modelo sólo representa la perfección absoluta. Los que han forjado las bases de estas dos religiones intentaron bajar a Dios a la tierra, pero cada uno lo ha hecho de una manera diametralmente opuesta al del otro. Es como la polaridad misma que se puede ver en el diagrama del yin y yang: a Cristo se le excluyó la falta y se lo hizo Perfecto, aunque al divinizarlo de esta manera, se lo *deshumanizó*; en cambio a Buda se le incluyó la falta y se lo hizo Imperfecto, pero al des-divinizarlo así, también se lo *humanizó*.

Que a Cristo se lo haya “deshumanizado” y a Buda hecho “más humano” no quiere decir que Cristo sea menos humano (en el sentido inhumano), quiere decir que es más divino, pero también quiere decir que está más lejos de la tierra y de lo humano, y de los hombres que sostienen su misma divinidad.

Es como si pusiéramos la investidura de estos dos líderes espirituales sobre los platillos de una balanza: en un plato está Cristo y en el otro está a Buda. Cuanto menos divino y más humano es Buda, más peso tiene y más cerca de la tierra se encuentra su plato; en cambio Cristo, cuanto más divino y menos humano es menos peso tiene y más se aleja de la tierra y se acerca al cielo su plato. La levedad de la perfección del dios occidental lo hace gravitar bellamente en el cielo, tornándolo poderoso e inalcanzable para sus seguidores; mientras que la gravosidad de la imperfección del dios oriental lo hace parecer más frágil y común, aunque por otro lado, también lo afianza a la tierra y lo hace andar entre los hombres.

Es en esta lógica del contrapeso iconográfico donde pivotea la relación oposicional que existe entre los representantes religiosos más grandes que ha dado al mundo Oriente y Occidente. Si Buda tiene los pies bien puestos en la tierra, Cristo tiene la cabeza bien alta en el cielo. Pues así se yergue y así camina esa gigante idea de héroe espiritual, concebida por el hombre, como ideal de hombre, entre las siempre difusas y esplendentes fronteras del pensamiento de Oriente y Occidente.

## El proceso de *nadisación*

**S**i al niño lo amedrenta la mirada del otro, no será a causa de la impostura que pueda sostener el adulto, con el ceño fruncido y el rostro adusto, sino porque el vislumbramiento hace que el niño de la ausencia que lleva implícita. Esa “mirada vacía” de la que tanto ha dado que hablar a los poetas, es capaz de consumir íntegramente la presencia del otro hasta dejar en su lugar un ente desalmado y fantasmagórico, desprovisto de alma como la mirada ciega del no vidente, semejante a una hoja en blanco sobre la que nada es posible leer. De allí surge también el terror del artista, el terror ante el lienzo o ante la pared en blanco. ¿Qué hacer ante la nada? ¿Cómo responder ante el vacío? El enfrentamiento a semejante vacuidad deshace la subjetividad de cualquier sujeto y su aparente consistencia termina siendo devorada por las fauces invisibles de ese monstruo llamado “nada”. Ese miedo potenciado hasta el terror es la única respuesta que tiene el sujeto como defensa y como protección. Así llega el espanto hasta nuestra médula, como un ácido que carcome los huesos y deshace la carne.

Como efecto de la sensación de espanto surge en el ser espantado este proceso de “nadisación” (de transformar el ser en nada); y surge como una indescriptible y *entrañable* sensación visceral. En este involuntario paso de-ser a no-ser, en este letal proceso de “des-existenciarse” (o vaciarse de sí mismo) es donde nuestro ser se diluye hasta que nuestro aliento se apaga; donde el tiempo y el espacio colapsan en un último y agonizante suspiro; donde uno exhala hasta la última gota de vida

con la terrible sensación de ser o terminar siendo, justamente, un desolado punto infinitesimal en esa inabarcable vastedad del universo que es uno con todo lo que le rodea. Y llegado este punto, ya nada hay por hacer más que Ser, solamente eso, Un Punto. Nada hay por hacer más que ser... Nada. Nada más que eso: Nada. Una absoluta e insondable nada que, reflejada en el espejo del tiempo de nuestra mente inabarcable e inconsciente, puede emerger como La otra cara de Dios, es decir: como la mía, como la tuya, como la de nadie, como la de todos y como la de ninguno al mismo tiempo. Es el rostro de la verdad y del cretino, o del “cretinense”<sup>1</sup>; la cara de Cristo y la del Anticristo en una misma faz; la cara del que es y la cara del que ha dejado de ser. La cara sin rostro. La cara que aún está por verse.

Cuando el pájaro de la angustia nos carcome las fibras y nervios de las entrañas, como le ocurrió en el mito al viejo Prometeo, y nos deja en el estómago un agujero, un vacío indescifrable, se nos está metiendo la nada en nosotros. Cuanto más nos sentimos devorados, más *nada* se nos está instalando adentro. Cuanto más grande se va haciendo interiormente el hueco y más nos vamos vaciando por dentro, más estamos siendo “llenados” o “hinchidos” de nada. Este proceso de devoramiento interior es el que va dejándonos vacíos, secos y desalmados. Sin ánimo y sin ánima. En una palabra: sin Ser.

Nos espanta la palabra que no decimos, el gesto que no tenemos, la nada que nos embarga y nos va diluyendo la poca cosa que somos. Nos espanta saber que la nada habita en nosotros, y que como un ave de carroña va devorándonos, lenta e imperceptiblemente, los sentimientos más entrañables que tenemos por el otro en nuestro ser. Tal vez el principal espanto del hombre sea el espanto a su propia ausencia.

## La función del espantamiento

Cuando se siente ese agobiante “picoteo” en las entrañas es porque el pájaro de la muerte ya venció la resistencia del Cristo crucificado, y descendiendo ferozmente a la tierra de los mortales, se lanza a devorar las almas de los condenados. De allí que cuando se llega a ese estado de máxima angustia en el que la nada se apodera de nuestra alma, para dejarnos vacíos de ser, o adviene la muerte o adviene la locura. Porque o somos atacados de locura o quedamos muertos en vida. O nos volvemos zombis o terminamos con Alzheimer. Aquel ser que despojado de todo, perderá también hasta la posibilidad de saber quién es o quién fue. Por eso la gente anda todo el tiempo con el crucifijo en la mano o colgado del cuello, porque cualquier descuido puede ser fatal. Por cualquier grieta puede filtrarse la ausencia del otro y desencadenar una andanada de pájaros hambrientos listos a devorar todo pensamiento y lucidez que pueda quedar en la consciencia del ser.

Que hay “agujero en el estómago” demuestra que la inexistencia del otro *existe*. Por eso la crucifixión de Cristo siempre fracasa como amuleto, como protección contra la muerte, porque siempre termina siendo vencida por la nada, por la inexistencia del otro. Y es aquí se produce una inversión: Cristo muere y resucita. Y su breve muerte, paradójicamente, sirve para que los hombres alejen la suya, provisoriamente. Los hombres (pese a ser todos hijos de un mismo Dios), no mueren y resucitan como el Hijo de Dios. Los mortales comunes podemos alejar a la muerte nada más que

---

<sup>1</sup> Epimenides es el cretense que se divertía con su famosa paradoja del “yo miento”. Decía: “Todos los cretenses son mentirosos; yo soy cretense; ¿miento o digo la verdad? La palabra “cretino” viene de este cretense o “cretinense” -como le decía Le Benard-, utilizada aquí en el sentido de la ambivalencia expresada en el concepto.

por un corto lapso de tiempo. Podemos “matar a la muerte”, si se puede decir así. Podemos detenerla, y podemos dejarla suspendida en el vano de nuestra mente inconsciente, pero siempre será sólo momentáneamente. Solo hasta que ella retorne al tercer día y, finalmente, resucite como en el mito.

Andar por ahí diciendo que uno no cree en Dios no es más que una banal declaración de descreimiento, la palabra ligera y vulgar de quien se jacta o presume de no creer en alguien o en algo. Pero ser ateo es otra cosa. El ateísmo si bien también lleva implícito el descreimiento del otro, lo hace sin embargo desde un lugar más convincente y menos superficial. El ateísmo Supremo es la certeza *absoluta* de que el otro inexistente, una postura que, por supuesto, deja abierto inexorablemente el paso a la llegada de la muerte, ya sea como muerte física, mental o espiritual.

La figura humana, desbastada y andrajosa, es la única que puede espantar al pájaro de la muerte, especialmente si permanece en la postura religiosa que representa iconográficamente el sufrimiento supremo: la crucifixión. Ni tendido, ni recostado, ni bailando, ni saltando... la única imagen que puede “retrasar” la llegada de la muerte (o espantarla momentáneamente) es sólo la del hombre desnudo, herido y agónico clavado a la cruz. Los crucifijos que los cristianos suelen llevar colgados en el cuello no son más que representaciones de pequeños espantapájaros. ¿No es, acaso, el propio acto de persignarse (hacer la señal de la cruz) cada vez que surge el eventual vislumbriamiento de que algo malo puede sucedernos, una forma de espantar El Mal que ha provocado el Señor de las Tinieblas?

Hay dos ejemplos puntuales donde podemos ver a Cristo en su función de espantapájaros. Uno es el que nos muestra la vieja leyenda del conde Drácula, y el otro es la que pone en juego la práctica del exorcismo. Los dos casos, por supuesto, se encuentran relacionados con la religión cristiana.

El primero lo podemos ver en la misma cruz, tomada en este sentido, como escudo y como arma, pues ha sido uno de los elementos más significativos desarrollados en la famosa novela de Drácula, cuyas raíces se pierden y entretienen con el mito cristiano. Ya se ve en la leyenda de terror, creada por Braian Stoker, que lo único que logra espantar al infame Conde Dracul, cuya forma verdadera es la de un murciélago (otra variante del pájaro de la muerte), es la imagen del crucifijo. Cuando el vampiro chupa la sangre de sus víctimas no sólo está dejando al cuerpo sin vida, también lo está despojando lentamente de su alma y de su ser. Y, como en el mito de San Jorge y el Dragón, lo único que puede hacer el avezado matador para asegurarse al demonio halado, una muerte verdadera, es atravesarle el corazón con una estaca de *madera*, (otra alusión a los maderos de la cruz).

El segundo ejemplo, como dijimos, lo ofrece curiosamente la misma iglesia, donde se ofrenda su culto, y lo hace siempre a través de esos avezados sacerdotes que desarrollan esa extraña práctica que denominan Exorcismo. El sacerdote que encarna el papel del exorcista logra la “curación” de la persona endemoniada solo cuando saca el crucifijo y espanta a Satanás del cuerpo del poseso. Es en virtud de este vaciamiento en el cuerpo de la víctima que, al igual que en el mito del vampiro, adviene la posibilidad para el poseso de volver a recuperar su cuerpo y su alma, perdidas en las tinieblas de aquel que representa el mal y la oscuridad, siendo su nombre –paradójicamente- un significante de luz: Lucifer.

## ¿Muerte o Renacimiento?



**E**n apariencia existen dos tipos de nada, la Nada de Nada y la Nada Fértil. Estamos frente a dos mitos: el mito de la Desaparición Absoluta, y su fiel contra parte, el mito de la Perpetua Reabsorción.

En el primero, la desaparición es *un fin* en sí mismo, se desaparece y ya; en el segundo, la desaparición es *un medio* para aparecer en otro lugar, en otro tiempo, en otro ser, en otro nombre y otro apellido. El cruce de estas dos instancias plantea un sutil interrogante: ¿Se desaparece en la nada para siempre, sin dejar rastros de una existencia anterior, o hay algo que queda de ella y reaparece después bajo otra forma de existencia? Son dos posibilidades: ¿Se desaparece para siempre o se desaparece y se aparece nuevamente? Esta es la disyuntiva que se plantea a la hora de pensar la muerte como el fin de la existencia humana, y ésta, como la nada.

Cuando soñamos tenemos la certeza de haber estado allí, de haber vivido allí esa experiencia plenamente real. No importa qué clase de consistencia tenga esa aparición onírica, si es real o imaginaria, lo indudable es que existe, que ocurre. Recordemos que la vivencia del sueño parece imaginaria *sólo cuando despertamos*. Tal vez tenemos la sensación de que la realidad del sueño es una fantasía porque estamos viviendo la realidad de esta otra realidad. Pero cuando *vivimos el sueño* no parece que estamos siendo parte de algo imaginario, muy por el contrario, tal vez estamos ante dos realidades diferentes, y aquella aparición sea tan real *allí* como lo es esta desaparición *aquí*. Pero cabe aquí una pregunta: ¿Es comparable la muerte al sueño? Morir, ¿es como soñar?

La cuestión es descubrir si la desaparición es lo único Real que existe, o si la aparición posterior también es real y existe. En principio debemos reconocer que hay pruebas de que nada puede destruirse en forma completa. La ciencia, con la tercera ley de la termodinámica dice que “nada se destruye, que todo se transforma”. Los cuerpos sólidos no desaparecen completamente, se transforman en otra cosa. Pero, ¿ocurre lo mismo con el ser humano? Cuando el hombre muere, ¿su ser se diluye en la nada y pasa a formar parte de ella? ¿El ser es absorbido hacia otro lugar en el que reaparece posteriormente, como cuando se mezcla una tintura en el agua?

Freud, por ejemplo, habla de que los elementos del psiquismo (parece que desaparecen) pero sólo quedan bajo la denominada “barrera de la represión”. Con el sueño ocurre lo mismo. Cuando dormimos y cerramos los ojos, los abrimos en otro lado, con parámetros témporo-espaciales diferentes al que percibimos cuando estamos en estado de vigilia. Pero cuando morimos, los cerramos para siempre. Y esta es la única prueba irrefutable de que, o bien la desaparición es un límite y un fin en sí mismo, o hay continuidad y se aparece en otro lado, después. Pero esto es lo que está en juego aquí, lo que nunca se sabe ni se puede comprobar.

La ciencia y la filosofía aseguran que la desaparición completa de los objetos y los seres no existe, de que siempre hay una transformación en otra cosa, en otro estado de cosas o de ser. Sin embargo la experiencia de morir revela lo contrario. Cuando alguien muere, el ser de esa persona desaparece *para siempre* de la faz de la tierra. Y si la transformación ocurre, pues ocurrirá en el cielo o en cualquier otro lado de la inmensidad del cosmos que no sea este insignificante y convulsionado planeta de mortales. Desde la ciencia y la filosofía podemos presumir que es posible la aparición del ser en otro tiempo y en otro lugar, luego de haber desaparecido, por supuesto, en este tiempo y en este lugar.

Más allá de que la aparición en el sueño sea real o supuestamente real, lo más importante de todo es que *existe*. Algunos dirán que no importa qué consistencia tenga lo que soñamos (si real o imaginaria), pero si es real, existe, y existe a pesar del sujeto que la sueña. Pero si es imaginaria, no podemos decir que existe, ya que es sólo una imagen que inventa el sujeto soñador para llenar ese

vacío cuando se sueña. En ese caso, el espanto vendría a ocupar el lugar de la resistencia a la desaparición absoluta, y en respuesta a esta insoportable vacuidad, el sujeto fabrica una aparición imaginaria en el más allá, sólo para no mortificarse con la idea de ser parte de la nada. Por eso se dice que los sueños “son creaciones de la mente inconsciente del soñante”. Nadie sueña con sueños ajenos; nuestros sueños son nuestros y de nadie más.

Ahora bien, la aparición en el más allá ¿es una aparición Real, como la desaparición de aquí, o meramente una aparición imaginaria, creada por el sujeto como respuesta al rechazo de la desaparición absoluta? O es al revés. ¿Lo único que tiene existencia real es la extinción absoluta, y la aparición posterior es imaginaria y por lo tanto no existe, o, la aparición posterior tiene tanta existencia real como la extinción absoluta? De ser así hay una contradicción semántica inherente en la misma formulación. Si desaparece *para siempre* no puede aparecer después. Tenemos que pensar entonces, como dijimos antes, en la existencia de dos posibilidades: o la desaparición es (un medio), para re–aparecer después, subsistiendo el ser a la nada; o la desaparición es (un fin en sí mismo), para no volver a aparecer jamás, desintegrándose el ser en la nada. O como decía Heidegger: ¿Por qué el ser y no nada? Este es el punto más importante que debemos determinar aquí.

En relación a la muerte la desaparición existe porque es real, porque siempre ocurre ante nuestras narices, pero la aparición –que vendría después-, esa sí que no hay manera de comprobarla; sólo puede ser *supuesta* por el observador de la desaparición.

Es un hecho fáctico de que no se puede estar al mismo tiempo en dos lugares diferentes. Si alguien desaparece en este mundo para reaparecer en otro, yo sólo puedo ser testigo de un sólo fenómeno, el de su desaparición. Si ese ser reaparece o no reaparece en este mundo, en otro mundo, o en el mundo donde moran las almas eternas, yo no tengo posibilidad ni de saberlo ni de comprobarlo, puesto que vivo aquí, en este lado del mundo donde la gente simplemente muere, y desaparece para siempre. De allí el mito y el misterio.

Por alguna razón, la nada siempre ha sido vinculada con la magia. Todo lo que surge o brota de la nada, de la nada “fértil” (como le decimos a la nada que se puede conocer) es a consecuencia de ser considerado una “aparición mágica”. Tal vez este carácter mágico que posee la aparición espontánea se deba al velo que posee el trasfondo de las cosas, y el interés que despierta ese lugar que se encuentra (detrás del fondo). Es una cuestión con la procedencia y con el más allá, con el nacimiento y la muerte de los seres, con el origen de la vida. Es un círculo que se cierra sobre sí mismo, y que nos deja en ciernes el enigma que plantea la anterioridad y la posterioridad lógica de la vida y de la muerte.

Podemos preguntarnos: ¿hay fin absoluto o sólo una sucesión interminables de finales y comienzos? ¿Se muere para siempre o se muere para renacer después? ¿Es posible que algo “trascienda” cuando se llega al fin de la existencia o es el cese absoluto de ella? ¿Cuándo la vida se termina, *se termina*? ¿Es el fin *el fin*, o algo siempre continúa? ¿Quién estaba en lo cierto, Parménides o Heráclito? Se acepta el fin como el fin de una historia, como un punto final, o se acepta el fin como una coma, como algo que permite siempre continuar, pervivir.

Hasta ahora el origen de la vida al igual que el origen de la muerte es algo que no puede conocerse ni comprobarse fehacientemente. Se trata de un fenómeno que para nosotros se nos hace imposible de verificar, que sólo puede ser sostenido por otro fenómeno tan increíble que el anterior: la creencia. Por eso tal vez se dice que la fe es ciega, porque no se ve, y si se viera o se participara de una aparición, con seguridad no habría manera de saber si posee otra consistencia más allá de la

imagen visible, y si ésta, a su vez, si no ha sido creada por la propia imaginación del observador. Quizás, para superar el dolor que deja abierta en el alma, como una herida en el cuerpo, esta angustiante incertidumbre, el creyente eche mano de un recurso religioso fabuloso y nos hable, de tanto en tanto, de apariciones “milagrosas”.

**HUGO CUCCARESE**

HUGO CUCCARESE